

Se conocían de apenas unas cuantas horas. Él tenía un poco más, y ella un poco menos de treinta años. Él tenía que entregar un paquete a través de ella para un conocido suyo al otro lado del océano. Ella tan solo intermediaba. Era un trabajo de cinco minutos, pero de las tres horas que le quedaban en total hasta el vuelo, hacían ya dos que no encontraban una buena razón para despedirse. Entonces, justo sesenta minutos antes del despegue, estaban en el rincón de la cafetería en la sala de espera, tomándose el tercer café sin mediar palabra. Habían agotado todos los temas que podían mantener la conversación entre dos desconocidos. Y el silencio ya se hacía incómodo. La mesita pequeña que los separaba estaba llena de vasitos de plástico vacíos que habían adquirido las formas más inesperadas de todas las vueltas que les habían dado entre las manos. Hacía mucho que las cucharillas de café estaban hechos añicos, y de los sobres de los azucarillos se habían elaborado conos y barquitos diminutos de papel.

Se le ocurrió que de esa mesa podía salir un objeto *ready-made* o, digamos, una instalación que habría llamado *Apología de la timidez* (vasitos de plástico desechables, cucharillas, azucarillos vacíos, mesita blanca). Luego eso le pareció una tontería y prefirió no decir nada. “Lo que no se dice se convierte en cucharillas rotas y vasos aplastados”, de repente dijo ella. Él pensó que nunca más encontraría a otra mujer como esa que le leyera los pensamientos y con la que le habría gustado quedarse en aquella cafetería para toda la vida. De pronto le dio un sobresalto lo de haber utilizado, aunque tan solo en su mente, una frase como *para toda la vida*.

- Venga, a charlar -dijo ella, aunque hacían ya dos horas que no habían cerrado la boca.

La hora que les quedaba era tiempo demasiado corto para perderlo en vacilaciones, elaborando barquitos de papel. Pero ya que él no empezaba, ella simplemente dijo:

- Hay que asumir que a veces las personas literalmente se cruzan para irse en direcciones opuestas.
- Lo irónico es que se dan cuenta de esto tras apenas encontrarse -dijo él.

- Tal vez ha habido ocasiones de vernos antes. Hemos vivido tanto tiempo en la misma ciudad. No es posible que no nos hayamos cruzado en algún semáforo.
- Me hubiera fijado en ti -dijo él.
- ¿La quieres? -preguntó ella.
- ¿Lo quieres? – preguntó él.

Coincidieron rápido en que eso no tenía ninguna importancia y que no había que culpar a nadie.

Más tarde él ya no se acordaría a quién de los dos se le ocurrió la idea de emergencia (como la consideraba entonces) que consistía en inventar recuerdos comunes, en componer toda su vida de antes y después de conocerse. Fue un intento flojo de vengarse a la ocasión que les había juntado para un ratito, tan solo para separarlos sin piedad después. Tenían a su disposición 50 minutos.

- ¿Te acuerdas? -empezó él-, de estudiantes vivíamos en la misma calle. Todas las semanas te echaba en el buzón en secreto un anillo hecho del folio de los caramelos Lacta.
- ¿Ah, sí? -dijo ella-, entonces has sido tú. Mi padre siempre era el primero en encontrarlos, sospechando que algún loco pretendiente del barrio le mandaba a mi madre anillos de compromiso. Resulta que eran para mí.
- Eran para ti -dijo él.
- Y tú ¿te acuerdas -retomó ella-, cuando en el último curso de la Universidad nos fuimos solamente los dos al monasterio ese? Fue la primera vez que nos íbamos de viaje solos. En el hotel no tenían habitaciones libres y nos pusieron a dormir en una de las celdas de los monjes. Hacía mucho frío y la cama era muy dura. Estaba un poco asustada. Después de cada vez me persignaba sin que me vieras. Aquella noche me persigné cinco veces.
- Eran seis -dijo él-. Yo también estaba asustado. Y ¿te acuerdas cuando más tarde viniste a vivir conmigo? Tu madre dijo que iba a renunciar a ti oficialmente porque no quería nietos fuera del matrimonio.
- Me acuerdo -dijo ella-. De todas formas no podía tener hijos.

En ese momento ella se quedó callada. Él le cogió de la mano por primera vez desde que se conocían. Fue un gesto muy sutil para consolarla.

- No pasa nada -dijo él-. Y ¿te acuerdas cuando me rompí la pierna? Ya tenía 48, curraba como un loco y aquel mes en casa se me hizo el propio paraíso. Tú también pediste días libres, hasta

amenazaste con que te ibas a romper el brazo si no te los daban. Y todo el mes lo pasamos sin salir de la casa.

- Y cuando al año siguiente me encontraron el tumor ese... Habías leído por allí que la risoterapia curaba el cáncer y durante dos semanas me contabas chistes todo el rato para hacerme reír. Sigo preguntándome de dónde los sacabas. Estabas tan asustado y cariñoso. Creo que era por aquel entonces cuando se te volvió todo el pelo blanco. Y todos los días me traías peonias y nomeolvides.
- Menos mal que te has recuperado. No sé qué iba a hacer sin ti.

En ese momento llamaron a todos los pasajeros con destino Nueva York a dirigirse hacia la puerta de embarque. Se quedaron callados no más de un minuto. Luego ella se puso de pie y dijo que ya tenía que irse. Él le cogió la maleta y la acompañó. Antes de pasar el control policial, ella se giró y le dio un beso muy largo. Como si fuera el último, pensó él, aunque nunca antes había habido primero.

Media hora más tarde él se dio la vuelta y se fue. Se sentía demasiado envejecido, movía las piernas con dificultad. Al pasar por la puerta espejada a la salida, cerró los ojos a propósito para no ver en el reflejo el pelo, de repente vuelto blanco y los hombros caídos, ya viejos. Con cada paso se iba dando cuenta cada vez más claro de que no podría volver a casa con su mujer, inalcanzablemente joven. Y nunca hubiera podido contarle qué es lo que había hecho los últimos cincuenta años, cuando no estaba.

Gheorghii Gospodinov
Peonias y nomeolvides